

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

Por FEDERICO VILLOCH

"LAS DOS HABANAS"

Pero ¿de dónde sale tanta gente?
O no quiere, o no puede, estarse en casa;
y se lanza a la calle y la rebasa,
y nos arrolla como en un torrente.

¡Qué distinta esta Habana omnipotente
a aquella de antes, de importancia escasa!
Esta de hoy, es un alud que pasa;
lenta, aquélla, hizo a Cuba independiente.

Quien va piano, va sana y va lontano,
dijo y probó la máxima latina;
y aunque a esta Habana nadie la detiene,

no llegará por eso más temprano...
Que al fin ha de quedarse en una esquina
esperando una guagua que no viene...

La Habana de hoy puede decirse que tiene de cuatro a cinco millones de habitantes, en atención a que ha venido a meterse en la capital la Isla de Cuba entera, en busca de hospedaje, de empleo y de alimento. La dulce, tranquila y bonachona Habana de otros tiempos se ha vuelto malhumorada y agresiva. El que sale hoy a la calle, ignora si volverá a su casa sano y salvo, de cuerpo y alma; lo mismo si lo hace montado en el caballo de San Francisco, como arrastrado en un automóvil, suyo o de alquiler, como en un tranvía eléctrico, o en uno de esos desvencijados carretones de hojalata que llaman ómnibus aliados, aliados contra el infeliz que se ve compelido a hacer uso de ellos. Antes existía la costumbre de ir leyendo un periódico o un libro tranquilamente por la calle. Valdivia, el popular cronista que se firmaba Conde Kostia, uno de ellos, sin peligro de que le sucediese nada: hoy va usted con cuatro ojos abiertos, y de buenas a primeras al revolver de una esquina, lo arrolla o lo tritura una máquina que usted no ha visto ni ha oído, porque el automóvil que mata es como el rayo que fulmina, que ni se ve ni se oye.

A veces se nos figura que hemos despertado de un largo sueño cataleptico y que nos encontramos en una ciudad completamente desconocida para nosotros: miles de transeúntes por las aceras, miles de transeúntes por medio de la calle, cientos de guaguas, de máquinas y de tranvías por calles que antes eran tranquilas y sosegadas, como Neptuno, San Rafael, cruzadas por algunos tranquilos arrastranzas, modestas guagas de Estanillo, y transeúntes poco ocupados. Cuando se ve ese amontonamiento de gentes, nos asalta el deseo de preguntar, como se hacía antiguamente:

—¿Qué pasa? ¿Se ha muerto algún gallego?...

Cuando vamos, pasajeros en un tranvía, es cuando nos damos exacta cuenta del movimiento y ajeteo de esta Habana loca en que se vive de milagro. Y esto no es un reclamo para la Habana Electric; el pasajero va distraído y filosofando, y en el automóvil propio o en el del amigo, vamos siempre, como se dice, con el corazón en la garganta esperando el topetazo que ha de mandarnos al otro mundo. Llámese reaccionario, retardatario o como se quiera, los viejos descoloridos de aquella Habana ochocentista añoramos con hondo amor aquel modesto cochecito y su escuálido jamego que tardaba horas en llegar a su destino; pero que no mataba ni estropeaba a nadie; y también tenemos un recuerdo respetuoso y admirativo para aquellos coches de lujo que tanta fama nos dieron de elegantes y bien educados. Rara era la casa rica de entonces que no tenía, exhibiéndolo al público, su depósito de carruajes y quitrines charolados, y en vistosos anaqueles, los arreos de sus caballos respectivos.

De aquella antigua nobleza criolla, tan culta y elegante, vienen a nuestra memoria los nombres del Marqués de Villalba, de Cárdenas, de Monte Hermoso, de la Real Proclamación, de Almeiras, de Prado Ameno, de Casa Peñalver y de Casa Calvo; del Marqués de Campo Florido, de Casa Duquesne, de Casa Núñez de Villavicencio, de Marianao, de San Miguel y de Buena Vista. Del Conde de Casa Bayona, de Jibacoa, de Macuriges, de Jaruco y Mopox, de Casa Montalvo, de Santa María del Loreto, San Esteban de Cañongo, Fernandina, Fernando de Peñalver, de la Reunión de Cuba, Casa Lombillo, Ca-



sa Romero, de Pedroso, de San Ignacio, etc., etc. Había que ver en las horas de las salidas de los teatros Tacón, Payret, Albisu, Irijoa, en noches de ópera y de grandes compañías dramáticas francesas e italianas—Sarah Bernhardt, la Mariani, la Guerrero, Vico—los carruajes de lujo de estas familias. Diríase que los caballos se daban cuenta de su jerarquía y su importancia, llevando la cabeza levantada con gallardía y plantados, respetuosos, en espera de que sus señores entraran en el coche para arrancar en una marcha rítmica y suntuosa... En aquella época, 1889, 90, etc., éramos pasantes en el bufete del Lcdo. Toñarely, de notable fama, e íbamos algunas veces al de Don Carlos Navarrete y Romay, padre de Esperanza, y aprovechábamos el momento para sostener con él interesantes, y para nosotros, provechosas conversaciones literarias; hablábamos de su famoso juicio crítico sobre la comedia "Consuelo", de López de Ayala; de su proverbio teatral "Antes que te cases, mira lo que haces", tantas veces representado en las sociedades de recreo de aquel tiempo: "El Ateneo", "La Caridad del Cerro", "El Círculo Habanero", etc., de todo, menos de abogacía, cuya carrera abandonamos en el tercer curso para emprender nuestro primer viaje a Europa. Don Carlos vivía en la gran casa Galiano, esquina a San Lázaro, y toda la planta baja la tenía destinada a sus carruajes y caballos, a los que se complacían en admirar los transeúntes, porque unos y otros eran de la mejor clase: hoy ocupa toda esta planta baja una de las bodegas mejor surtidas de San Lázaro...

Recientemente, y por iniciativa del compañero Massaguer, el postalista de "Información", y, en noches que ya pasaron, uno de los amenos contertulios del inolvidable saloncillo de Alhambra, se ha inaugurado en la Sociedad Lyceum, del Vedado, el ensayo de un museo romántico donde se exhiben fotografías primitivas de damas y caballeros; álbums de familia, daguerrotipos, copias de Landaluce, litografías y grabados en acero, libros ilustrados, estampas en colores, "coronas fúnebres", esquelas de defunción, facturas de las tiendas de antaño, documentos de la revolución y de venta de esclavos, cajetillas de cigarros, medallas y tarjetas de bautizo, armas, billetes de banco y de lotería, medallas con retratos, fichas de ingenio, esposas de esclavos, medallas patrióticas españolas y cubanas, medallas del

acueducto, exposición de Matanzas, chapas del café Escauriza (famoso por su batalla de ponche de leche), óleos, acuarelas, galones de caletero, indios de coche, postales, periódicos y revistas de antaño, libros de misa, novenas y otras publicaciones católicas; portarrelojes, fosforeras, candeleros, candelabros, abanicos, tazas pintadas, platos de hoteles y de nobles casas; muebles, mapas de Cuba, planos de La Habana y otras ciudades, y otras curiosidades de la Colección Massaguer.

Esta reducida exposición la patrocina este columnista con la idea de "embullar" a un grupo de entusiastas por las cosas nuestras para formar un insospechable Patronato del Museo de Leuchsenring historiador de la Ciudad. Hay más de cien grandes familias cubanas, que cederían con gusto y orgullo joyas, muebles, lámparas, tapices, libreas, coches, retratos, paisajes, grabados y otros "recuerdos", si todo esto fuera garantizado por una junta de patronos de reconocida solvencia.

Prometemos visitar la Exposición Romántica del amigo Massaguer, y en ella se nos verá—paseándonos entre esos viejos cachibaches descoloridos—como una reliquia viviente más de aquella Habana antigua. De la colección del semanario "La Habana Elegante" debe exhibirse abierta al público la página en que apareció publicado por primera vez el famoso soneto "La Más Fermosa", de Enrique Hernández Miyares, a quien acusó injustamente de plagiarlo la crítica envidiosa de aquellos tiempos, dando lugar al suceso literario más ruidoso de la época. Aquella del 80, 90, etc., era una Habana de landós, quitrines y duquesas charoladas, donde lucían las damas sus ricos trajes de seda recién llegados de París: podría llamársela una "Habana de seda y charol". Esta de hoy es, indudablemente, una Habana más rica, más populosa, más avanzada en ideas, más política, en fin, más todo; pero la "seda y el charol" brillan por su ausencia; y resulta una Habana sin ambiente definido, opaca. Muy distintas, muy distintas. LAS DOS HABANAS.

M. Mayo 26/46

